

vil como el hombre no lo sea, ni hay riqueza ni distinción alguna que descargue de las notas de necio ó vicioso á quien las tiene.

¿Cuántas veces irá un hombre lleno de ignorancia ó de delitos dentro del dorado coche que hace estremecer vuestros humildes talleres? ¿Y cuántas la salsa que sazona los pichones y perdices de su mesa será la intriga, el crimen y la usura, mientras que vosotros coméis con vuestros hijos y con una dulce tranquilidad tal vez una tortilla humedecida con el sudor de vuestra frente?

No son, hijos míos, los oficios los que envilecen al hombre (no me cansaré de repetir esta verdad), el hombre es el que se envilece con sus malos procederes; ni menos es estorbo la pobre cuna, ni las artes mecánicas para lograr entre los apreciadores del mérito el lugar que uno se sepa merecer con su virtud, habilidad y ciencia. Buenos testigos de esta verdad son tantos ingeniosos poetas, diestros pintores, excelentes músicos, escultores insignes y otros habilísimos profesores de las artes ya liberales, ya mixtas, á quienes el mundo ha visto visitados, enriquecidos y honrados por los pontífices, emperadores y reyes de la Europa. Prueba clara de que el mérito distinguido y la sobresaliente habilidad, no sólo no es barrera que imposibilita los honores, sino que muchas veces es el imán que los atrae hacia sus profesores. Ya se ha dicho en esta misma obrita que

Sixto V, antes de gobernar la Iglesia católica como pontífice, fué porquerizo.¹ Ejemplar que vale por otros muchos que recuerdan las historias eclesiástica y profana. Bien que la vanidad ha hecho que en nuestros días no sean estos ejemplos muy comunes.

Pero es menester decirlo todo. No sé si es más admirable ver á un hombre elevarse desde la basura á un puesto alto, ó ver á otros que, colocados en él, no olviden la humildad de sus principios. Yo creo que esto, así como es lo más justo, así es lo más difícil, atendida la soberbia humana, y siendo lo más difícil de suceder, debe ser lo más admirable.

Que un hombre pase del estado de pobre al de rico, del de plebeyo al de noble y del de pastor al de rey,

¹ Este pontífice nació en un pueblo en la marca de Ancona á 13 de Diciembre de 1521. Fué su padre un pobre labrador, como dice Moreri, ó viñadero, como dice el autor del *Diccionario de hombres ilustres*, llamado Peretti y su madre Mariana. Cuidaba puercos ó lechones, y pasando un religioso franciscano por donde él estaba, ignorando el camino, lo llevó de guía, y enamorado de la agudeza de sus respuestas lo condujo á su convento. A poco tiempo tomó el hábito de la orden seráfica, y correspondiendo sus ascensos á su aplicación y talento, logró sentarse en la silla de San Pedro. Restableció á la pureza de su origen la edición de la Vulgata (Biblia); canonizó á San Diego, religioso franciscano español; agregó á los doctores de la Iglesia á San Buenaventura; mandó celebrar la fiesta de la presentación de la Santísima Virgen é hizo muchas otras cosas excelentes. En tiempo de una grande hambre que padeció Roma, por cuya causa hubo una sublevación, construyó varios edificios, abrió algunos caminos, y promovió el famoso templo ó cúpula de San Pedro, que se creía inacabable, en la que mantuvo diariamente á 600 operarios. Últimamente, erigió un obelisco en la plaza de San Pedro de 72 pies de altura. No sólo este Pontífice fué de humilde y pobre ascendencia. Sin nombrar á San Pedro, San Dionisio, Juan XVIII, Dámaso II, Nicolás I, y otros se cuentan de oscuro linaje. Adriano IV y Alejandro V, de niños se alimentaron de limosna; Urbano IV fué hijo de otro porquerizo; Benedicto XI fué hijo de una lavandera de paños; Benedicto XII hijo de un molinero, etc. (véase la historia de los Pontífices). Lo que prueba bien que ni lo oscuro del nacimiento ni la última miseria obstan para lograr los empleos más honoríficos, cuando la ciencia y la virtud hacen á los hombres dignos de ellos.

como se ha visto, puede ser efecto de la casualidad en la que el mismo hombre no tiene parte; pero que viéndose encumbrado sobre los demás, lejos de ensoberbecerse ni endiosarse, se manifieste humano, afable y cortés con sus inferiores, acordándose de lo que fué, esto sí es admirable. porque prueba una grande alma capaz de tener á raya sus pasiones en cualquier estado de vida; lo que no hace el hombre muy fácilmente.

Lo común es que vemos infinitos que nacieron ricos y grandes, y éstos son orgullosos y altivos por naturaleza; esto es, así vieron el manejo de sus casas desde sus primeros días; la lisonja les meció la cuna y respiraron la vanidad con el primer ambiente. Heredaron, por decirlo de una vez, la nobleza, el dinero, los títulos, y con esto la altivez y la dominación que ejercitan con los que están debajo de ellos.

Esto es malo, malísimo; porque ningún rico debe olvidarse de que es hombre, ni de que es semejante al pobre y al plebeyo; sin embargo, si se pueden disculpar los vicios, parece que la soberbia del rico merece alguna indulgencia, si se considera que jamás ha visto la cara á la miseria, ni le han faltado lisonjeros que lo anden incensando á todas horas de rodillas. Es menester ser un Alejandro para no caer en la tentación de dejarse adorar como Nabuco.

Pero los pobres que nacieron entre los terrones de

una aldea ó mísero pueblecico; que sus padres fueron unos infelices y sus primeros refajos unas mantas; que así se criaron y así crecieron luchando con la desdicha y la indigencia, no sólo ignorando los ecos de la adulación, sino familiarizándose con los desprecios; éstos, digo, ¿por qué si á la Providencia le place elevarlos á un puesto brillante, al momento se desvanecen y se desconocen hasta el punto, no sólo de menospreciar á los pobres, no sólo de no socorrer á sus parientes, sino ¡lo más execrable! de negar su estirpe enteramente? Esta es una soberbia imperdonable.

No son éstas ficciones de mi pluma; el mundo es testigo de estas verdades. ¿Cuántos, al tiempo de leer estos renglones, dirán: «Mi hermano, el doctor, no me habla.» Otros: «Mi hermana, la casada, no me saluda.» Otros: «Mi tío, el prebendado, no me conoce,» y así muchos?

No quisiera decirlo; pero quizá por este vicio é ingratitud se inventó aquel trillado refrán que dice: *quieren ver á un ruin, denle un cargo*. Ello es una vileza de espíritu ¹ degenerar de su sangre y dejar perecer en la miseria á los deudos, sólo por pobres, al tiempo que se podían favorecer con facilidad á merced del puesto encumbrado que se ocupa. ²

¹ Así como puede haber una alma noble en un plebeyo, así puede haber una alma ruin dentro de un noble, y á ésta llamamos alma vil ó vileza de espíritu.

² Se entiende, sin perjuicio de la justicia, pues entonces no resultará del beneficio virtud sino agravio.

Pero aunque sea soberbia, villanía ó lo que se le quiera llamar, así lo vemos practicar. Y si estas clases de personas son tan altivas con su sangre, ¿qué no serán con sus dependientes, súbditos y otros pobres, á quienes consideran muy indignos de su afabilidad y cortesía?

Se ve, y no con rareza, que muchos de éstos que eran atentos, cariñosos y bien criados con todo el mundo en la esfera de pobres, luego que cambia su suerte y se levantan de entre la ceniza se hacen soberbios, hinchados, fastidiosos y detestables.

El célebre padre Murillo, en su catecismo, citando á Plinio y Estrabón, dice que el Bucéfalo ó caballo de Alejandro cuando estaba en pelo se dejaba manosear y tratar de cualquiera; pero en cuanto lo ensillaban y enjaezaban ricamente se volvía indomable y no se sujetaba sino al joven Macedón. El dicho padre hace sobre este cuentecillo una reflexión muy oportuna que la he de poner al pie de la letra. *Hay algunos, dice, que son tratables cuando están en pelo; pero viéndose adornados con una garnacha, una borla, una dignidad, y aun iba á decir, con una mortaja de religioso, no hay quién se averigüe con ellos.*

No, hijos, por Dios, no aumentéis el número de estos ingratos soberbios. Si mañana la suerte os colocare en algún puesto brillante, que es lo que se dice *estar en candelero*, ó si tenéis riquezas y valimientos,

dispensad vuestros favores á cuantos podáis sin agravio de la justicia, que eso es ser verdaderamente grandes. Mientras mayor sea vuestra elevación, tanto mayor sea vuestra beneficencia. Cicerón en la defensa de Q. Ligario, dice: *Que con ninguna cosa se parecen los hombres más á Dios que con esta virtud.* Siempre respetará el mundo los augustos nombres de Tito y Marco Aurelio. Éste llenó de glorias y felicidades á Roma, y aquél fué tan inclinado á hacer bien, que el día que no hacía uno, decía que lo había perdido, *diem perdidimus.*

Por otra parte, jamás os desvanecáis con las riquezas ni con los empleos de distinción, porque ésta será la prueba más segura de que no los merecéis, ni habéis jamás disfrutado de aquéllas. Si vemos que uno al entrar en un coche ó subir á un barco se desvanece y le acometen vértigos frecuentes, fácilmente conocemos, aunque él no lo diga, que aquella es la primera vez que pisa semejantes muebles. No sin razón dice nuestro vulgar adagio, que *á herradura que chapalea clavo le falta*, y es por esto.

¡Qué diferente juicio no hace el mundo de aquellos que habiendo nacido pobres ú oscuros, y hallándose de repente con riquezas ó empleos sobresalientes, ni se desvanecen con la altura de éstos, ni se deslumbran con el brillo de aquéllas, sino que, inalterables en el mismo grado de sencillez y bella índole que antes tenían, con-